

examinar lo que me decís; y así mi resolución es, que si con mis propios ojos no veo en sus manos y piés las cicatrices de los clavos con que le fijaron en la Cruz, y con mis dedos entrándolos en las heridas de los clavos y la que la lanza le abrió el pecho, no la registro á mi satisfaccion, no me aseguro que Jesús resucitó en su propio cuerpo ni lo tengo de creer.»

Escandalizados quedaron los Apóstoles, viendo tan incrédulo á Tomás; y creció su mal ejemplo, porque procurando todos reducirle á la fé de la Resurreccion de su Maestro, y especialmente Pedro, cuyas palabras pasaban ya en el Colegio por definiciones; menospreciando tanta autoridad, perseveró en su obstinacion enteros ocho dias, sin rendir su parecer al de aquel sagrado cónclave, ni por lo menos, hacer pública oracion á Dios, sujetando su dictámen á su disposicion; y suplicándole comunicase á su entendimiento la verdadera luz, que debía seguir por no errar. No sé por qué influjo las caídas de los Varones Santos y ejemplares, parece pasan á pertinaces, sirviéndoles el peso de su autoridad, para hacer casi imposible el levantarse.

Ocho dias corrieron, durante la incredulidad de aquel Apóstol: y á las mismas horas, que el primero de su Resurreccion, con las circunstancias de estar las puertas del Cenáculo firmes y seguramente cerradas, por temor de los Judíos, entró por ellas Jesús, estando allí Tomás. Observó la piedad del Señor esta coyuntura; y vino á reducir al incrédulo Discípulo, que pudo escarmentar en Judas, para no endurecer tanto tiempo el corazón; pero Jesús como dueño de los tesoros de su piedad, habiendo permitido á Judas á los consejos de su error, redujo á Tomás á la fé de su Resurreccion. Púsose pues, en medio de sus Apóstoles, y díjoles: «La paz sea con vosotros;» y como el fin principal de aquella visita era curar la llaga de la infidelidad de Tomás, vuelto el semblante á él, le dijo:

«Hoy hace ocho dias, que en este mismo cónclave, refiriéndote tus condiscípulos que me habian visto resucitado, respondiste que si con tus ojos no veias, y con tus manos no registrabas las heridas de mis manos, piés y costado, no habias de creer mi Resurreccion. Pensarás segun tienes desmayada la fé de mi Divinidad, que no escuchaba lo que mal aconsejado decias. Aquí estaba yo cuando pronunciaste esa temeridad. Pudiera haberme enojado, y dejarte en ella, como olvidé á Judas en su desesperacion; pero quien en la Cruz sufrió los clavos y lanza por tu amor, no será mucha fineza que padezca de nuevo aquellas heridas por tu mano. Aquí me tienes; llega, Tomás, y con tus ojos y dedos examina si verdaderamente es este el cuerpo que fué clavado en la Cruz; y de hoy más no te atrevas á ser incrédulo y negarte á la fé de lo que te asegurasen mis Apóstoles, porque en sus lábios hablo yo, antes te esmera con publicidad en ser fiel, pues te he elegido por Príncipe de mi Iglesia y de mi fé, como á los demás tus condiscípulos.»

Tomás entonces atónito con la grave repension de Jesús, bien quisiera escusarse de tocarle el cuerpo, sintiéndose ya sano de su incredulidad, pero conociendo que las palabras que le habia

dicho su Maestro, no eran solo permision sino precepto, llegó con suma reverencia y le tocó las manos, piés y costados; certificándose de nuevo con aquella esperiencia, de lo que ya tenia concebido por la fé, que verdaderamente habia resucitado Jesús; y postrándose lloroso ante sus plantas, le dijo humildemente: «Confiésote por mi Señor y por mi Dios.» Respondióle blandamente Jesús: «En fin, Tomás, porque me viste, y con tus manos registraste las mias, creiste en mí; dicha ha sido grande; pero mayor es la de aquellos, que sin haberme visto ni examinado como tú, han creído mi Divinidad y mi Resurreccion. Más obligado quedo á su fé; pues solo por el oido, no por los ojos ó las manos subieron al alto Trono de mi Divino Ser y rendidos á su conocimiento le adoraron.»

CAPÍTULO XI

COME JESÚS CON SUS APÓSTOLES EN GALILEA, Y CREA SU VICARIO A PEDRO

En Jerusalem, donde acontecieron estas apariciones de Jesús á sus Apóstoles, pasaron estos á Galilea, conforme les envió á decir el mismo Jesús con las Matronas que habian ido al Monumento. Estaba pues cerca del Mar de Tiberiada Simon Pedro; Tomás, por otro nombre Didimo; Natanael, natural de la ciudad de Canaá, en la misma Provincia de Galilea; Diego y Juan, hijos del Zebedeo, Andrés y Filipo, congregacion solemne de los más autorizados del Colegio.

Díjoles Pedro: «Peregrinos y extranjeros nos hallamos en este país, aunque tan nuestro. Bien será que busquemos de nuestro oficio; pues mientras tenemos arte y manos, no será justo pedir de limosna lo que tenemos menester; y así me determino á ir á pescar. Ni será esto contradecir la vocacion, pues el trato, que antes de ella ejercitamos sin delito, bien se podrá repetir después, especialmente elevando á fines más altos y sobrenaturales; pues en todas ocasiones podemos obrar por los impulsos del Amor de nuestro Maestro, y Dios Jesús. Ofrecieronsele á ir en su compañía los demás, y embarcaronse todos en una nave, apercebidos de redes y lo necesario, como gente que lo tenia por oficio. Pero habiendo hecho sus diligencias, en toda aquella noche no pudieron coger pez alguno.

Venida la mañana, llegaronse los Apóstoles á la ribera, donde ya estaba Jesús, disfrazado de talle y rostro: de suerte que no le conocieron sus Discípulos. Era el aspecto de persona de autoridad, y así les dijo: «Mancebos, ¿teneis alguna pesca que venderme?» Respondieronle que nó: porque toda aquella noche

habian trabajado de valde, echando las redes á una y otra parte de la barca. Dijoles entonces Jesús: «Pues por mi cuenta arrojad la red á la mano derecha de la nao: que aunque es ya de dia, en que no suele acudir la pesca tan bien como de noche, lograreis con felicidad vuestro deseo.» Hiciéronlo así Pedro y sus compañeros; y fué tan copiosa la muchedumbre de peces que prendieron que se les rasgaba la red.

Con la novedad del suceso, mientras los demás se ocupaban en recoger la marítima cosecha, Juan puso firmemente los ojos en Jesús, que todavía perseveraba en la marina; y por favor especial del mismo Cristo, que le dió á ver su propio semblante, le conoció, y dijo á voces: «El que está en la ribera es el Señor.» En oyendo esto Pedro, á toda prisa se vistió una túnica, para ir decente á los ojos de Jesús, porque á la sazón estaba desnudo, como suelen los pescadores ponerse para su ejercicio, y arrojóse al mar, y sobre sus ondas vino á postrarse á los pies de su Maestro, porque no le consintió dilaciones el ardiente amor que le tenía. Los demás vinieron á tierra en la barca, trayendo en ella á fuerza de los remos la red llena de peces.

Así como saltaron en la playa, vieron en ella unas brasas, un pez puesto en ellas, como asándose, y un pan. Porque mientras los Apóstoles se entretenían en pescar, produjo aquellas sustancias Jesús, para mostrar con milagros su potencia. Dijoles Cristo, que trajesen allí algunos peces de los que habian cogido. Fué Pedro á la nao, y con ayuda de sus compañeros sacó á la marina la red, lleno de ciento cincuenta y tres peces grandes; y con ser todos ellos de escasa magnitud, no se rompió la red; portento nuevo de la omnipotencia de Jesús, el cual les convidó á comer como Padre de aquella su familia, y cogiendo en las manos el pan, le partió y á cada uno de sus Apóstoles dió una porción de él, y otra de pescado.

Habiendo comido, dijo á Pedro Jesús: «Simón, hijo de Juan, dime, ¿ámame más que estos tus condiscipulos?» Pedro modesto y avisado, respondió: «Vos, Señor, sabéis muy bien que os amo.» Añadió entonces Jesús: «Pues si de veras me amas apacienta mis corderos, mira por ellos como míos; en mi ausencia te constituyo Pastor de mi rebaño.» Suspenso quedó Pedro con la pregunta y encomienda de Jesús: y estando pensativo, meditándola, volvió á decirle su Maestro: «Simón, hijo de Juan, ¿es cierto que de veras y de corazón me amas?» Respondióle Pedro: «Señor, á cuanto yo alcanzo de mí, y descubro en los senos de mi Espíritu, digo que os amo sin ficción.» Dijo entonces Jesús: «Siendo eso así, apacienta, como te he dicho, mis corderos.»

Pasóse espacio breve de tiempo, y tercera vez dijo á Pedro Jesús: «Simón, hijo de Juan, mira bien lo que me dices. ¿Ámame con valentía?» Entristeciése Pedro, de que tres veces, con cuidadoso estudio le hubiese requerido Jesús, si le quería bien. Y respondióle con resolución: «Señor, vos lo sabéis todo, y nada se os esconde, y de mis interiores más penetráis vos que yo; y así, no podeis ignorar que os amo y adoro con todas las fuerzas



de mi alma: y si este exámen que me haceis se origina de haberos negado, tambien alcanzáis que lo que me puso en peligro de negaros, fué la fineza de quererlos; pues por acompañaros, y ver si podia en algo servirlos, entré en el Palacio del Pontífice, allí os negué; pero las lágrimas que mi contriccion ha derramado desde entonces, son otro linaje de amor, sino tan noble, más ardiente.»

Dijo con suavidad Jesús: «Ya lo veo; y por el conocimiento que tengo de esa verdad, te encargo que apacientes mis ovejas; cuantas almas viven hoy en este mundo y cuantos le vivirán hasta su fin, entrando en este gremio y universalidad de mis Apóstoles tus condiscipulos, son ovejas de mi rebaño; porque mi oficio y Dignidad no tiene límite, ni reconoce término; de todas te erio y constituyo Pastor: gozarás esta preeminencia desde el punto que suba yo á los cielos; y despues de tu muerte, la heredarán tus sucesores, mis Vicarios, en la Silla de Roma, que con tu martirio consagrarás en trono de mi Imperio.»

«Pero siendo lugarteniente mio y Padre de Almas, preciso será que me sigas en la Cruz, como en el Oficio y Dignidad; porque el Gobierno y direccion de estas ovejas á la gloria, no se establece sino con la muerte del Pastor. Te aconteerá, pues, cuando seas anciano y hayas predicado mi Evangelio por el Orbe, erigiendo tu cátedra inmortal en Roma, que los verdugos te ciñan con rigor, para llevarte al suplicio, que naturalmente temerás y desearás escusar, á diferencia de cuando eras jóven, que te cenias á tu gusto, é ibas á donde te gobernaban tus antojos; pero con tu muerte, que será de Cruz, como la mia, darás Gloria á Dios y constancia Eterna á mi Evangelio; porque este

linaje de doctrina, solo con sangre se ha de regar para que crezca.»

Habiendo dicho estas razones á Pedro, se levantó del convite Jesús, y comenzó á pasearse por el campo, llamando á Pedro y mandándole que le siguiese. Obedeció Pedro al Señor, y á pocos pasos, volviendo el rostro, vió á Juan, con quien profesaba más cordial amistad que con los otros (disponiendo esta dulce union Jesús entre Pedro y Juan; esto es, entre el Pastor de la Iglesia, y su Teólogo, ó entre la Fé y la Teología), y así le dió cuidado de saber lo que le sucedería en la futura edad; y deseoso de que Jesús le señalase ocupacion en que le sirviesen juntos, le dijo: «¿Señor, entre los grandes favores, que me haceis, podrá ser uno, que sepa yo de vos lo que ha de ser de Juan, vuestro querido, que como veis, nos viene siguiendo?»

Respondióle algo severo Jesús: «Vuestro oficio, Pedro (especialmente el que os acabo de encargar de mi Vicario) es oír con atencion mis órdenes y ejecutarlas con prontitud, no intentar con preguntas entender las cosas, que no os importa saber: vuestro cargo es de Pastor de almas, en órden á conseguir la Gloria; y así es vuestra obligacion darles el pasto conveniente para obtenerla. Esto es el de las verdades Católicas, que conducen á la fé de los misterios que os he revelado y á la Santidad de las costumbres. Las demás determinaciones de los sucesos por venir, se quedan en el archivo de mi Providencia, para esconderlas ó revelarlas, como me pareciere.

«De esta condicion es la proposicion que me haceis; porque saber lo que he dispuesto de Juan, ni es necesario para vuestra salvacion, ni para el acertado Gobierno de mi Iglesia; y así lo que os conviene es remitir á mi Altísimo Consejo lo que será de su vida. A vos os he dicho, que de aquí á muchos años morireis en Roma en Cruz. Imaginad ahora que no tengo decretado que Juan muera, sino que viva para siempre, como está: ¿qué os puede venir de utilidad que suceda lo uno ó lo otro? Dejad pues, esas inútiles cuestiones, y emplead el desvelo en seguirme, conforme el órden que os he dado.»

De estas palabras de Jesús se originó cierta voz, que corrió con firmeza entre los Apóstoles; que Juan no habia de morir, sino perseverar vivo, como Elías y Enoc, hasta la segunda venida de Jesús, al Juicio Universal, y que así lo habia dicho á Pedro el Señor; pero fué equivocacion, porque nunca dijo Jesús que su voluntad era que Juan permaneciese vivo: solo pronunció que si él gustase que Juan no muriese hasta el fin del mundo, no tocaba á Pedro investigar esos secretos de la Eterna Providencia, sino contenerse en los términos de lo que se le ordenase.

CAPÍTULO XII

EN EL TABOR SE APARECE JESÚS Á TODOS SUS DISCÍPULOS

HABIA dos veces prometido Jesús la mañana de su Resurreccion, que en la Galilea le verian glorioso todos sus discípulos. En cumplimiento de esta su palabra, habiendo los Apóstoles y otros discípulos que tenía en Jerusalem, pasado á Galilea, y manifestándose á siete de ellos en la ribera del mar de Tiberiada, dió órden de que todos los que habia en aquella provincia, que eran muchos, se juntasen en el Tabor, donde viviendo vida mortal, habia asistido en oracion prolija muchas noches y obrado grandes maravillas; porque en aquella cumbre y soledad, queria permitirse á sus ojos y manos, para que con su vista enteramente se les lo-grasen sus deseos.

Congregóse la devota familia de discípulos, en número que excedia de quinientos: los cuales con sumo gozo de sus almas le vieron á satisfacción de sus ansias; le adoraron como á verdadero Dios; y le besaron los piés como á su redentor, y le oyeron como á Maestro Universal del mundo. Si para consuelo de las comunidades Santas en los siglos venideros, como en su Apostolado, permitió que hubiese un Judas traidor y desleal, no estorbó que en tan numerosa compañía hubiese discípulos, que dudasen de lo mismo que veian y tocaban. Dejó pues, que su Providencia permitiese la incredulidad de aquellas, para sacar como bondad omnipotente de las entrañas de los males, bienes.

Algo retiraba á los discípulos de la suave presencia de Jesús, la suma veneracion con que le veian el sagrado cuerpo centelleando luces de gloria, pero aliviólos de aquel reverente pavor acercándose amoroso á ellos; y entonces les habló de esta manera: «Sabed, discípulos y familiares míos, que hoy tengo la suma de toda la potestad en los Cielos y en la Tierra; y aunque por estar unida mi humanidad á mi persona, que soy el Verbo Eterno, Hijo de Dios y un mismo Dios con mi Padre, desde el momento de mi encarnacion poseo este mismo señorío; hoy se me ha dado con nuevo título de vencedor del Infierno y del Demonio, en premio de la obediencia árdua que observé á mi Padre, muriendo por ella en una Cruz; apreciando más su ejecucion, que mi vida, con serlo de un hombre Dios.

«Pero como mi venida al mundo se ordenó al bien espiritual de todas las Naciones, que crié; y desfiguradas por la culpa, trato de reformarlas con las hermosuras de mi Gloria, para que consigan la Eterna felicidad; y esto no puede llegar al colmo que pretendo, menos que creyendo en mí, que soy su Redentor y fuente de su salud; y siendo instruidos en los misterios de mi fé, profesándola solemnemente en el bautismo, será bien que vosotros á quienes yo los he enseñado por mi persona, como sustitutos de ella, penetreis las regiones todas de este mundo, intimándoles las verdades que me habeis oido, y la santidad de costumbres que en mis sermones y Escuela con doméstica fami-

liaridad habeis experimentado; bautizando los hombres en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, en reconocimiento que adoran la Sacrosanta Trinidad y Unidad de personas, á quienes deben su ser, su bienaventuranza y su glorioso vivir.

Y porque la fé sino es asistida de obras santas, nacidas de verdadera caridad, es difunta, y no tiene valor para conseguir la gloria, como á personas que ya son de mi casa, les ordenareis que observen lo que yo os he mandado á vosotros; porque la uniformidad de las leyes con amorosa puntualidad ejecutadas constituya de todos una República admirable, parecida á la celestial Jerusalem: y para consuelo vuestro sabed, que aunque dentro de algunos dias me tengo de ausentar de vuestros ojos, partiéndome para mi Padre, siempre tengo de vivir en vuestra compañía, aunque invisible, hasta la consumacion de las edades.

CAPITULO XIII

APARÉCESE JESÚS Á SUS APÓSTOLES, Y DESPIDIÉNDOSE DE ELLOS, SUBE POR SU VIRTUD Á LOS CIELOS



CELEBRADA la aparicion que hizo Jesús en el Tabor á todos sus discípulos, habiéndolos regocijado con su gloriosa presencia y certificándolos de su Resurreccion, por su orden se volvieron los Apóstoles á Jerusalem; y recogidos con sosiego espiritual en el Cenáculo, se emplearon en la contemplacion de los misterios de la Muerte y Resurreccion de su Maestro; labrando en sus almas, al fuego de la meditacion, ricas joyas de virtudes sobrenaturales, elevándose á la sublime esfera de divinos.

Cumplidos cuarenta dias, que desde que resucitó Jesús, el último de ellos, que cerraba aquel Sagrado número, estando los once Apóstoles sentados á la mesa al medio dia, de repente se les apareció el Señor, y con afable rostro se puso con ellos á comer, haciendo esta nueva demostracion de haber resucitado en cuerpo verdadero, y del excesivo amor que les tenia: pero como las suavidades de Jesús para con ellos eran de Padre y Maestro de sus almas, y se dirigian á la utilidad de sus espíritus, no omitió reprenderles entonces la incredulidad y dureza de corazon, que habian tenido la mañana de su resurreccion en no creer á los que les afirmaban, que le habian visto resucitado y glorioso, reservando para esta coyuntura redargüirles el delito que habian cometido cuarenta dias antes; porque no era su intento exasperar la herida, sino sanarla, y es gran medicina la razon.

Amonestados de su poca fé los Apóstoles, los trató luego como Príncipes de ella. Varias veces les dijo: «Os he intimado la principal obligacion de vuestro oficio que es sembrar mi fé y Religion en todo el mundo; y no tengo otra cosa de mayor cuidado y gusto mio, que encargárosla ahora que me despido de vos-

otros, para partirme á los brazos de mi Padre. La gloria de mi venida de los cielos á la tierra, se suma en que los hombres me crean y adoren por su Dios, y acompañen en la felicidad que voy á poseer por las Eternidades. Para Embajadores de estas buenas nuevas os tengo elegidos desde que os llamé á mi Apostolado. Ya se va llegando el tiempo en que lo ejecuteis. Animaos pues, y como Angeles, veloces discurrid por ese mundo, y predicad mi Evangelio á todas las Naciones: con suposicion, que quien de corazon le creyere, obedeciendo sus leyes, y protestare su fé con el Bautismo y obras santas, será salvo. Pero quien no le creyere, ó no le manifestare en sus costumbres, se condenará á las llamas inmortales.

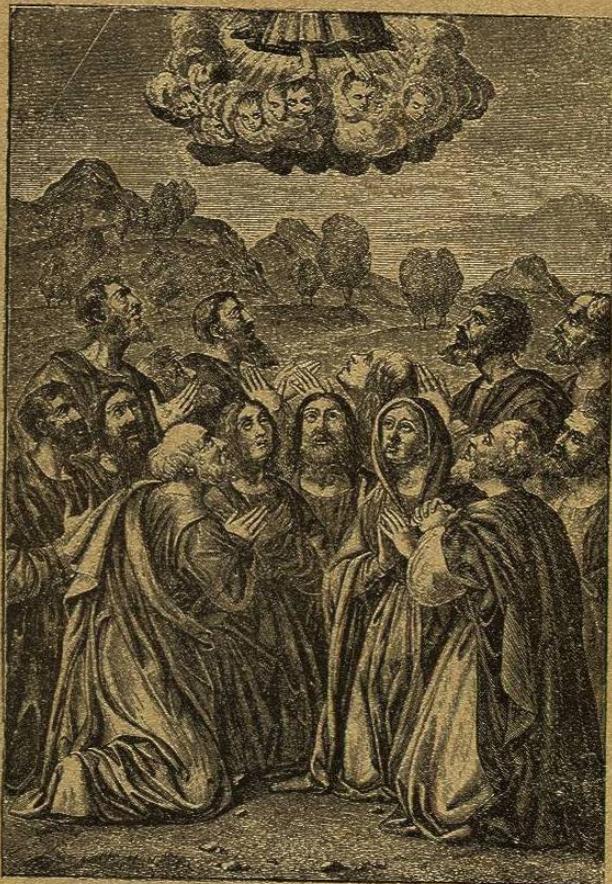
Y porque no se imagine, que haciendo vosotros solamente milagros, en prueba de la verdad que predicais, los obraís por artes ocultas de demonios, desde ahora decreto, que tambien los que creyeren mi Evangelio tengan como vosotros, potestad de hacerlos; para que con su experiencia conozcan que no los obran en nombre del Demonio, á quien no suplican, sino en el mio á quien invocan: lanzarán pues para mayor certidumbre de esta verdad, á los mismos demonios de los cuerpos que poseen. Hablarán en lenguas varias, que nunca estudiaron, ni supieron, pareciendo naturales de todas las provincias. Impedirán con virtud poderosa la eficacia del veneno mortal de las serpientes; y aunque le hayan bebido, no les dañará: poniendo sus manos sobre los dolientes, los sanarán de cualquiera enfermedad que padecieren.

Habiéndoles dicho estas razones, y ordenándoles de nuevo que en subiendo él á los Cielos se volviesen á aquel mismo Cenáculo, y recogidos en oracion, aguardasen la venida del Espíritu Santo sobre ellos, preparándose con profunda humildad para recibir en sus corazones sus gracias y carismas, los sacó de Jerusalem, llevando consigo á su Madre, á la Magdalena y á otras devotas Matronas que le asistían, y fué á Betania, donde agradeció á Marta y á Simon, y á otros bien afectos suyos, el hospedaje que en aquel Castillo le habian hecho en los dias de su mortalidad: cerrando su peregrinacion con la llave de oro de la gratitud.

Y acompañado de aquel escuadron dichoso, pasó de Betania al Monte de las Olivas, antiguo oratorio suyo, donde tantas noches habias gastado en divinos coloquios con su Padre, en cuya cumbre se despidió amorosamente de todos, en especial de su Madre, á quien reconocia más finas obligaciones y en quien dejaba un vivo traslado de sus virtudes, para consuelo de su Iglesia, y levantando las manos, les echó su bendicion y comenzó á subirse por los aires, usando del dote de su milagrosa agilidad y de la virtud de su omnipotencia, hasta penetrar los Cielos, y sentarse en lo más sublime y alto de ellos, á la diestra de su Padre.

Los Apóstoles habiendo acompañado á su Maestro, á su Redentor y á su Dios, con tiernos gemidos hasta que le perdieron de vista, se volvieron á Jerusalem, gozosos de la gloria de Jesús;

y rebosandoles el corazón amantes y fervorosas alegrías, mezcladas de esperanzas, de la venida del Espíritu divino sobre



ellos, pasaron los días en el Templo y Cenáculo alabando y bendiciendo á Dios por las libertades que de su Divina mano habían recibido, y que con la influencia del Espíritu Santo esperaban recibir.

FIN

ÍNDICE

TOMO SEGUNDO

LIBRO QUINTO

Obras y doctrinas de Jesucristo Nuestro Señor, Dios Hombre, en el Cuarto año de su predicacion hasta la cena.

	PAGINAS
CAPÍTULO I.—Viene Jesús de Bethabara á Betania, donde resucita á Lázaro.	1
» II.—Pontífices y fariseos decretan en concilio, la muerte de Jesús.	7
» III.—Retírase Jesús á la ciudad de Efrén.	9
» IV.—Jesús á Jerusalem y advierte á sus discípulos que va á morir.	11
» V.—Niega Jesús á Diego y Juan las primeras sillas de su reino.	12
» VI.—Sana Jesús á un ciego cerca de la ciudad de Jericó.	15
» VII.—Hospédase Jesús en casa de Zaqueo publicano en Jericó.	16
» VIII.—Propone Jesús la parábola de las libras de plata.	18
» IX.—Sana Jesús dos ciegos al salir de Jericó.	21
» X.—Cena Jesús en Betania y Maria le unge los pies y la cabeza.	22
» XI.—Murmuran Judas y los Apóstoles la accion de Maria.	24
» XII.—Entra Jesús triunfando en Jerusalem.	27
» XIII.—Yendo Jesús á Jerusalem lamenta su ruina.	29
» XIV.—Entra Jesús en el Templo, y sana los cojos y ciegos.	32
» XV.—Desean ver á Jesús ciertos gentiles.	33
» XVI.—Resisten á Jesús pertinazmente los judios.	36
» XVII.—Vuelve Jesús á la ciudad, y arroja del Templo á los comerciantes.	37
» XVIII.—Convence Jesús su Divinidad con el bautismo.	39
» XIX.—Propone Jesús la parábola de los dos hijos.	41
» XX.—Predica Jesús la parábola de la vna.	42
» XXI.—Propone Jesús la parábola de un Rey que dió un convite.	44
» XXII.—Resuelve Jesús la duda acerca de los tributos del César.	45
» XXIII.—Desvanece Jesús el argumento de los saduceos.	47
» XXIV.—Enseña Jesús cuál es el principal mandamiento de la ley.	49
» XXV.—Confunde Jesús á los fariseos.	50
» XXVI.—Enseña cómo debían ser oídos y evitados Escribas y fariseos.	51
» XXVII.—Prosigue reprendiendo los vicios de Escribas y Fariseos.	53
» XXVIII.—Prosigue Jesús la reprension de los Fariseos.	55
» XXIX.—Prefiere Jesús la dádiva de una viuda á las demás.	57
» XXX.—Profetiza Jesús la ruina de Jerusalem y de su Templo.	58
» XXXI.—Concierta Judas con los Pontífices la prision de su Maestro.	59
» XXXII.—Da Jesús señales de la destruccion de Jerusalem.	62
» XXXIII.—Profetiza Jesús su venida al mundo á juzgar.	67
» XXXIV.—Señales que han de preceder al juicio final.	69
» XXXV.—Enseña Jesús como debemos preveniros para su venida.	71
» XXXVI.—Predica Jesús la parábola del mal criado.	74
» XXXVII.—Enseña Jesús cuán conveniente es la oracion.	75
» XXXVIII.—Introduce Jesús la parábola de las diez vírgenes.	76
» XXXIX.—Predica Jesús la parábola de los talentos.	78
» XL.—Declara Jesús la forma que tendrá en juzgar.	79

LIBRO SEXTO

Pasion y muerte de Jesucristo Nuestro Señor, Dios Hombre.

CAPÍTULO I.—Envia Jesús á prevenir lo necesario para celebrar la Pascua.	83
» II.—Viene Jesús de Betania á Jerusalem y celebra la Pascua.	86
» III.—Cena Jesús la cena usual y dá las señas del perfido discípulo.	89